



ACUARELA

PRIMAVERA DE VERSOS

A UNA DAMA

I

Lo que vas á escuchar, dulce señora,
no es ruego ni alabanza lisonjera;
es la expansión de un corazón que llora,
de un triste corazón que nada espera.
A impulsos de mi amor, tanto he sufrido,
que ya en mi pecho más dolor no cabe;
pero el labio jamás lanzó un gemido,
¡Dios, solamente Dios, mi pena sabe!
Ya puedes calcular cuánta agonía
mi triste juventud ha marchitado;
y no es tuya la culpa, es culpa mía,
culpa de mi destino desgraciado.
Al encontrarte por la vez primera,
sumida el alma en amoroso ensueño,
mi loco afán no sospechó siquiera
que ya tu corazón tenía dueño.
Lo supe por mi mal... y todavía
callado el pecho su veneno lleva;
creí que el corazón se me moría,
¡fué tan amarga aquella horrible nueva!
El alma enferma, de pesares llena,
ante los cielos se postró de hinojos;
desahogar pretendí mi inmensa pena,
¡y no asomé una lágrima á mis ojos!
Quise romper de mí existir los lazos,
lazos que aún mi corazón oprimen,
y en mi delirio, me tendió sus brazos
mi pobre madre... y desistí del crimen.
Y volví á la razón amarga y fría,
me toqué el corazón y estaba yerto;
como el morir tu amor todo moría,
el mundo para mí quedó desierto.
Y vagué por la vida acongojado,
mustia la frente, el corazón herido:
¡con qué dolor inmenso te he llorado!
con qué santa ternura te he querido!

II

Esta loca pasión me causa miedo,
pues, á tu lado, de placer me ofusco;
te quisiera olvidar... pero no puedo;
por eso es que en ti sueño y que te busco.
Cómo contemplo, en mi fervor amante,
de tu mirar divino á los destellos,
la dulce palidez de tu semblante
bajo la obscuridad de tus cabellos.
Cómo soñando el alma se consume
de una emoción al inefable goce:
cuánta embriaguez oculta tu perfume,
cómo electriza tu divino roce...
Pasas... y el ruiseñor de cantar cesa,
te dan su aroma las fragantes flores,
en un rayo de luz el sol te besa
y te murmura el aura sus amores.
Pasas... y al punto, por besar tus huellas,
se inclina tierno y dócil el ramaje,
te llaman desde el cielo las estrellas
y el mar suspende su rumor salvaje.
Pasas... y el alma de embriaguez se queja,
y te acaricia con delicia extraña
en el perfume que tu aliento deja,
en la luz y en el aire que te baña.
Pasas... y se desprenden por doquiera
efluvios mil de música y olores;
va contigo la alegre primavera,
la que soñé infeliz en mis amores.
Cuando pasas, de amor embebecido
me deja el fuego que en tus ojos brilla;
el corazón suspende su latido,
¡y el alma temblorosa se arrodilla!

III

De tus cabellos bajo el blondo broche
relucen tus pupilas soñadoras
con el misterio amante de la noche
y el risueño fulgor de las auroras.
¡Qué palidez de ensueños entristece
de tus mejillas el rosado leve!
tan bella palidez sólo florece
en el lirio, en el cisne y en la nieve.
Para endulzar del alma los agravios,
tiene tu boca el beso y el arrullo...
¡Una gota de llanto en esos labios
debe ser un diamante en un capullo!
Para escuchar tu voz, detiene el vuelo
la dulce alondra que de amor se queja;
tu voz es una música del cielo
que embriaga el alma y que después se aleja...
Cuanto de amor y de tristeza gime,
en tu dulce hermosura se embelesa;
la misma hierba que tu planta oprime
tiembla feliz y con amor te besa.
La expresión que tu rostro diviniza
llena de luz mi corazón de bardo;
es la expresión amante de Eloisa,
la romántica novia de Abelardo.

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaíso (Chile).



Cuadro de CECILIO PLA.

LA MUJER-TIGRE

Ya sabéis que la compasión no es mi fuerte. Muchas veces me habéis increpado porque no me compadezco de las ajenas desventuras; porque, teniendo dinero, no lo doy como vosotros al mendigo que me lo pide. ¿Es dureza nativa, es efecto de padecimientos muy agudos y muy continuados, sufridos con paciencia pensando en el desquite? No lo sé. Lo que sé positivamente es que no me conmueven todas esas desgracias que se exhiben a la luz del día, todas esas desdichas que, bien explotadas, producen dinero. Un tío ó una tía sanos y robustos que, por no querer trabajar, piden limosna ó se mueren de hambre, me causan un asco profundo, hasta cuando de veras padecen; un hombre que no sabe luchar y sucumbe, no me inspira lástima alguna.

Y, sin embargo, no podéis imaginar la conmoción profunda, la piedad inmensa que he sentido hace unas horas. Estos ojos, siempre secos, se han llenado de lágrimas; y el corazón que no late jamás con violencia, ni aún ante los peligros, ha querido como romper las paredes del pecho. La historia es antigua y es bien vulgar. ¿Os la cuento?

—Sí, sí.

—Bueno, un poquillo de paciencia; que ya sabéis que no amplifico. Hace quince años, tenía yo veinticinco y conocí en una de las capitales del Norte la muchacha más linda, más ingénuo, más buena que he visto. Era yo rico y ella pobre, muy pobre, puesto que con sus ocho reales de jornal mantenía á su padre, holgazán empedernido, á su madre y á dos hermanillos.

Medianamente listo, supe hacerme amar de ella y pocos meses después marchaba conmigo á Madrid, habiendo entregado yo á sus padres una cantidad que les indemnizara de la pérdida de su hija.

Amaba yo á ésta; la amaba de todas veras. Su gracia, su bondad, su belleza que, una vez puesta de relieve por trajes elegantes, hacía que en la calle se volvieran á mirarla hombres y mujeres, me inspiraron la pasión amorosa más honda y completa que hasta entonces sintiera. Horas y horas pasadas al lado de Rosa, contemplándola, oyendo su charla donosa, acariciándola como á una niña, cuya inocencia tenía, hicieron que imaginara que había topado con la mujer soñada.

Rosa me quería. Aun cuando mi gravedad y mi especial modo de ser algunas veces parecían asustarla, me quería porque era buena, porque la complacía en todo, porque comprendía que la amaba mucho, porque era diferente de cuantos hombres había tratado y conocido.

Pasamos cuatro años felices y olvidados de todo y de todos.

Un día, en un teatro, noté que Rosa se volvía muy á menudo. Miré á mi vez. Un hombre de mi edad, elegante y buen mozo atraía sus miradas. Comprendí por el modo de mirar que desde días atrás se conocían.

No he sido nunca celoso; pero confieso que sentí una cólera violentísima.

Al llegar á casa, pregunté á Rosa si conocía al que con tanta insistencia la miraba. No sabía mentir la infeliz. Me confesó que sí; que la había hablado dos ó tres veces.

Proferí tremendas amenazas. Rosa tembló, se asustó de tal manera que daba diente con diente. Sabía que en algunas ocasiones era yo terriblemente brutal.

Al día siguiente salió por la mañana y no volvió á casa.

Estoy seguro de que no era culpable; pero de tal modo se asustó, tan traidora se creyó para conmigo, que huyó para siempre.

La busqué, la hice buscar. Supe que había marchado con aquel su-

jeto, calavera y perdido á un tiempo, arrojado por tramposo del ejército y de los círculos á que perteneció.

Si por desgracia topo con él ó con ella, durante los primeros meses de mi abandono, hubiese cometido un crimen.

Pero, pasaron años. Mi dignidad me vedaba hacer pesquisas y aun cuando el recuerdo de Rosa persistía en mí, estaba exento de toda amargura. Me acordaba de ella como de una mujer joven y bella y cariñosa á la que la muerte me hubiese arrebatado en lo mejor de su vida. No le guardaba rencor alguno. La amaba aún. Al pensar alguna vez en su fuga, me decía que ningún derecho tenía sobre ella. Por su voluntad vino conmigo, por su voluntad se alejó. Lo que me horrorizaba era pensar que aquel hombre quizá la había abandonado y que aún viviendo con él, debía sufrir muchísimo.

Hoy, hace cinco horas apenas, no sabiendo cómo matar el tiempo, he entrado en un barracón de las Rondas, en uno de esos donde se exhiben toda suerte de curiosidades. El letrero decía: LA MUJER-TIGRE y en una tela pintada se veía una mujer casi desnuda, con la piel manchada de rojo, alargando los brazos como los felinos y atrapando una piltrafa de carne que llevaba á la boca.

Entré. Exhalaba el barracón un hedor insoportable. Dos muchachos y yo éramos los espectadores.

Un hombre con pantalones ajustados, de indefinible color, y una chaqueta de terciopelo negro con alamares, fuerte y buen mozo, se adelantó anunciando la aparición del fenómeno.

Demacrada, con el rostro rojo, propio de los borrachos empedernidos, pero graciosa y agradable, apareció una mujer.

La conocí en seguida. Era Rosa. La infeliz comió la piltrafa con voracidad, sin repugnancia. Yo miraba las manchas de su cuerpo y pensaba en las que debía haber sufrido su alma. No hablaba. Al oír el chasquido del látigo del domador, rugía débilmente y á veces sus ojos, aquellos ojos azules tan bellos, se dilataban con indecible espanto. Es que temían el golpe.

Acabó la representación. Me acerqué al hombre, y le dije:

—Deseo hablar con esa mujer.

El miserable no me reconoció. Al ver mi facha de hombre rico sonrió con cinismo y me dijo:

—Las sesiones reservadas cuestan cinco duros.

Saqué un billete que embolsó el hombre tranquilamente y se marchó cerrando el barracón detrás de él.

Fuí hacia el cuartucho á que se había retirado Rosa. Hablé con ella. Tampoco me reconoció. Yo no me nombré. Pregunté por qué llevaba aquella vida, le hablé de su familia. Lloró y sólo dos ó tres veces dijo entre dientes, con voz ronca: «¡La miseria!»

Al cabo de media hora volvió el hombre.

—¿Habéis visto de cerca el fenómeno, señor? preguntó con su única sonrisa.

—Sé que eres un grandísimo granuja, contesté. Esa mujer se viene conmigo...

—Eh...

—Ahí tienes dinero. Si chistas te aplasto. Ve á hacerte colgar lejos de aquí.

Rosa está en casa. No sé si me decidiré á decirle quién soy cuando esté curada y tranquila. Ya veis si soy compasivo, pues me inspira compasión la MUJER-TIGRE.

A. RIERA

BELLAS ARTES

Con los fríos de Enero se inaugura la temporada de Carnaval, y con ella los alegres bailes de máscaras, donde, al par que se desarrolla el calor por el exceso de movimiento y bullicio, se abre á veces el camino á la traidora pulmonía.

Pero el Carnaval está consagrado en las costumbres, y no sería año completo el que careciese de tan característica temporada.

Por eso no hay periódico ni revista que no lo ilustre ó comente como tema obligado y socorrido, de inagotable vena, para llenar unas páginas, probando con ello, lo que se halla arraigado en nuestras costumbres.

El ALBUM SALÓN paga también su tributo á la moda imperante, publicando en la primera página la linda *Mascarita* de Cecilio Pla, elegantísima en su vestido á lo Luis XV, sonriente, aristocrática, como queriendo dar á entender que está tan cerca de la alegría como lejos del vulgar bullicio, rayano en el desentreno, de los bailes asequibles á todo el que paga.

Es una figurita más propia de un encopetado círculo ó de un íntimo *asaltado*; y, á pesar del emblema de la *Locura* que el pintor le ha puesto en la mano, su alegría será inocente y comedida, de persona bien educada.

El bonito paisaje de José María Marqués es una de las notas frescas

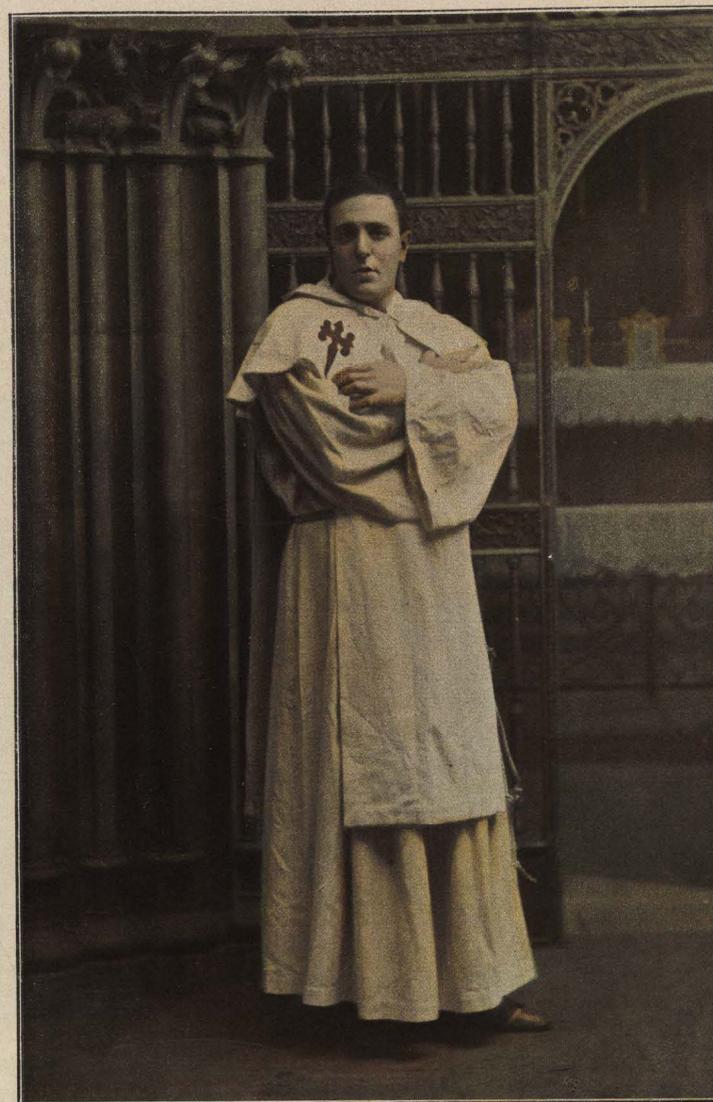
y umbrías á que tan aficionado se muestra, precisamente porque es un género que trata con sin igual soltura y conocimiento.

El *Pintor flamenco* de Román Ribera, es un precioso cuadro lleno de las sólidas cualidades con que puede envanecerse el exímio pintor catalán. Composición sencilla, pero bien dispuesta, sirve de tema á Ribera para prodigar su correcto dibujo y su armónico color, como lo hace siempre en todo, con la constante igualdad de su talento, nunca inferior á sí mismo.

En el *Moulin-Rouge* de J. Cardona, es un dibujo iluminado, fiel traspunto, como todos los de este joven autor, de la típica vida de los *bas-fonds* parisienses. Ya otras veces hemos tenido ocasión de elogiar el talento de Cardona, á quien sólo le falta olvidar un poco á Steinlein para adquirir personalidad.

El *Parador* de Enrique Estevan es un asunto que han tratado, seguramente, todos los artistas que se dedican á la pintura de caballos. No hay en su desarrollo más diferencia esencial que el propio modo de ver y la mayor ó menor habilidad técnica. Pero, así y todo, ha sabido Estevan sacar buen partido de las líneas, agrupando bien las figuras, y pintando con garbo los dos caballos que entran en la composición; logrando producir una nota luminosa y agradable.

FRANCISCO CASANOVAS



Fot. de Audouard.

JOSÉ PALET

TENER veinticuatro años, poseer una buena voz de tenor y haber debutado en su carrera atravesando la puerta grande de tres teatros de primer orden, representa el colmo de la suerte para una sola individualidad.

Le oímos en la noche de su debut en el Gran Teatro del Liceo, el 24 de Noviembre de 1900; cantaba *La Favorita*, y en la natural turbación y nerviosidad de su primer encuentro con el público ¡y qué público! parecía más bien bajo la túnica del monje, que vistiendo la aterciopelada trusa. Y sin embargo, en medio de aquella emoción, descubriábase facultades excelentes que justificaban en cierto modo la audacia de su presentación en el Liceo. Su voz mórbida y melódica de medio carácter, modulada con facilidad, era una promesa de que con mayor serenidad, con mayor conocimiento de las necesidades del teatro y con mayor perfeccionamiento en el estudio, llegaría á ser un artista de reputación universal.

Le hemos vuelto á oír esta temporada en el *Lohengrin* y en la *Aida*, y efectivamente, se han ya aseverado en parte nuestras presunciones. Su voz ha aumentado de volumen, expresa con más intención y pronuncia

con más nitidez. La acción escénica, sin ser aún perfectamente artística, ha adquirido mayor desembarazo.

Discípulo, en sus principios, del maestro Paredes, perfeccionó sus estudios con el maestro don Juan Goula, quien lo presentó al juicio no solo del público del Liceo de Barcelona, sino también de los del Real de Madrid y San Carlos de Lisboa, hallando en todas partes simpática acogida. Pasó después al teatro de Bilbao y últimamente estuvo en Soresina (Italia). Ahora se halla en Turín, donde habrá afirmado, en un teatro italiano de primer orden, su abolengo artístico de buena cepa.

En el breve espacio de tiempo que ejerce su carrera, ha cantado ya las óperas *La Favorita*, *Lohengrin*, *La Gioconda*, *Rigoletto*, *Aida* y la *Misa de Requiem*, de Verdi. El carácter de su voz le permitirá abarcar un repertorio extensísimo, con la sola excepción de las obras llamadas de fuerza. Su juventud, por otra parte, permite augurarle todos aquellos perfeccionamientos que son base de una legítima celebridad, si el desenvolvimiento de su rápida ascensión no anula sus envidiables facultades naturales.
